



Pedro Antonio de Alarcón

Diario de un madrileño

- I -

Sonrisas hipocráticas.- Soles de invierno
Día 5 de Enero de 1858.

(3)Según mis corresponsales, el Sol (que, como es sabido, se marchó a veranear al Paraguay y al canal de Mozambique poco antes de Ferias) llegó sin novedad el día 21 de Diciembre próximo pasado al Trópico de Capricornio, donde ha permanecido algunos días tomando baños de mar.

Esta residencia del Astro-rey en aquel punto es lo que solemos llamar desde aquí solsticio de invierno. Por consiguiente, Su Majestad Solar debe de haber emprendido ya su regreso a nuestro Trópico, al cual no llegará hasta el 21 de Junio.

Seguirán entretanto haciendo sus veces en esta villa y corte las pieles, la lana, el carbón de piedra, la leña y las mujeres bonitas; a pesar de cuyo auxilio, Madrid continuará tiritando como un perro del Celeste Imperio, e inspirando serios temores de morir hecho un carámbano.

Afortunadamente, los helados mueren con la sonrisa en la boca.- Así es que Madrid, a medida que se va enfriando, ríe a más y mejor, goza y se divierte como nunca, y ni afonías, ni dolores de costado, ni pulmonías, ni pleuresías, ni ataques apopléticos bastan a borrar de sus labios la mencionada hipocrática sonrisa.

Nada, pues, más delicioso (ya veis que hablo en francés puro); nada más higiénico y divertido, en estos crudísimos días de invierno, que dar un par de vueltas a pie por la Fuente Castellana, desde las tres hasta las cuatro de la tarde, y aun por el mismo Prado, de cuatro a cinco- esto último si no es día festivo-, bien abrigadito uno por dentro y por fuera, como suele decirse, sin dejar el cigarro de la boca, a no ser para encender otro; con las manos y el puño del bastón metidos en los bolsillos de un gabán que se le deba a Caracuel, y pensando en la gloria, en el amor y en los indispensables cien millones...

La Fuente Castellana, con su horizonte de lontananzas espléndidas, con su diáfano, vastísimo cielo, con sus fantásticas perspectivas, en que se destacan a lo lejos las torres y las cúpulas de Madrid; con sus áridas cercanías, donde proyectan largas sombras los endeble y desarropados árboles heridos por los rayos horizontales del sol poniente, no es un paraíso, que digamos, para los que nacieron, v. gr., en la feraz Andalucía; pero tiene- y esto nadie podrá negarlo- no se qué belleza propia de las llanuras, no se qué majestad, no se qué embeleso, no se qué melancolía peculiar del Desierto y del Océano, de las soledades del frío y de las soledades del calor, del Polo y del África, que agrada soberanamente a los hipocondríacos.

¡Dulce es, repito, dar un par de vueltas por este paseo de tres a cuatro de la tarde!- La flor de las mujeres de Madrid (que es como si dijéramos la flor de las mujeres de España, dado que toda España nos remite anualmente la flor de sus hermosuras), la flor de las españolas, pues, y, por consiguiente, las mujeres más bellas o más seductoras del mundo, recorren a pie, en coche o a caballo aquellas larguísimas calles arrecifadas. Las damas principales de la corte; las que menos se prodigan; aquellas que los profanos sólo alcanzan a ver alguna noche, durante una hora, en el teatro Real; las flores de invernadero; las mortales, en fin, de quienes está uno por creer que hadas misteriosas las sacan del lecho a las dos de la tarde, las bañan, perfuman y visten, y las tienden sobre un sofá o sobre una carretela, donde siguen pensando, en su hermosura...; esas reinas de la moda, emperatrices del gusto y diosas del amor, revolotean por allí como brillantes mariposas, y óyese el crujido de sus botas sobre la arena o de su vestido contra vuestro pantalón, y aspirase un fugitivo aroma de violeta, y óyese acaso la codiciada voz y véselas, por último, montar en su carruaje...- operación que no ejecutan sin dar al propio tiempo el golpe de gracia a los que las miran...

Me parece que me he explicado.

- II -

La Semana Santa

«Per troppo variar natura è bella»- dicen hasta los que no saben el italiano: y es la pura verdad.

El mundo- entendiendo por mundo a los habitantes de la Tierra, y no a todos, sino a esos bípedos implumes que los optimistas han dado en llamar racionales (lo cual, dicho en absoluto, es tan temerario como llamar oro a todo lo que reluce),- los hombres, digo, lo han comprendido así: esto es, han comprendido que la Naturaleza es bella por lo demasiado varia, y, a fin de no ser menos que su madre, han puesto todo su prurito en dar variedad a la vida civil, a la vida social, o como queráis llamarle a esta vida de perros que llevamos los pueblos civilizados.

En su consecuencia, tenemos (ciñéndonos ahora a lo que pasa en Madrid) que de los doce meses del año no hay dos en que los descendientes del gran cesante llamado Adán distraigamos nuestros ocios de una misma manera.

Enero es el mes de los estrechos, de los aguadores y cocheros que creen en la venida periódica de los Santos Reyes, del cerdo de San Antón, del tarjeteo, de los bailes aristocráticos, de los patinadores, y de la toma de posesión de los concejales nuevos.

Febrero brilla por sus bailes de máscaras, por sus teatros caseros, por su rifa de la Inclusa y por su Carnaval plagado de estudiantinas y de hombres vestidos de mujer.

Marzo, por sus vigiliias, su día de San José, sus sermones, sus novenas y sus setenarios.

Abril, por su Semana Santa.

Y no paso adelante, pues que estamos en Abril y hoy es domingo de Ramos.

¡Ved! Los mismos carpinteros que ayer improvisaban un tablado sobre las butacas de los Teatros para disponer aquellas mascaradas frenéticas de toda una noche, que terminaban siempre con la consabida galop infernal, arreglan hoy en las Iglesias los Monumentos del Jueves Santo: las mismas damas que diableaban hace un mes en el Teatro Real bajo un antifaz de seda, o mejor dicho, sin el antifaz que usan todo el año, se preparan hoy a pedir limosna para los niños de la Inclusa en las puertas de los templos: los tertulios de sus salones y de sus palcos, o los jinetes que en el Prado suelen acercarse a la portezuela de sus coches, son invitados, no a una soirée, ni a una conferencia matinal en el tocador, ni a un día de campo en Aranjuez, sino a San Luis, a San Antonio de los Portugueses o a Santo Tomás, a que contribuyan con un pedacito de oro a dejar bien puesto el pabellón de las bellas postulantes: los más empedernidos Lovelaces obedecerán el Jueves a tan piadosa intimación, después de lo cual se plantarán enfrente de las iglesias a ver entrar y salir a las

mujeres, lo mismo a las casadas que a las solteras y a las viudas, pareciéndose en esto a aquel de quien se dijo:

El señor don Juan de Robres,

Con caridad sin igual,

Hizo este santo hospital

Y también hizo a los pobres.

Item- El paseo público se traslada el Jueves a la calle de Carretas, y el Viernes a la calle Mayor. Estos días no ruedan sobre los adoquines de la corte más carruajes que las diligencias, las sillas-correos y los carros de la limpieza. Los soldados llevan los fusiles a la funerala, con la culata hacia arriba. En lugar de campanas, suenan carracas en las torres de las iglesias. Los tambores están destemplados... de intento. La bandera nacional, izada a media asta sobre los edificios públicos, pregona el duelo. Todo, pues, ha cambiado de forma, de sitio y de hora; pero la gente es la misma, y mañana no se acordará de la compunción religiosa de hoy como hoy no se acuerda de las calaveradas de ayer.

A los buenos católicos, que aún somos muchos en España, nos ofende este aire frívolo de la Semana Santa de Madrid; pero, en cambio, como buenos patricios que somos también, nos llena de orgullo y de satisfacción el irresistible garbo con que las madrileñas lucen estos días por esas calles de Dios la nunca bien ponderada mantilla española.

¡La mantilla española!- ¡He aquí la verdadera heroína de la Semana Santa!- Yo admiro y amo el sombrero francés; pero no puedo menos de cantar las excelencias y ventajas de la clásica mantilla, bandera nacional de nuestras mujeres. ¡Y bandera negra ,vive Dios.... hasta cuando es blanca! ¡Enseña de una guerra sin cuartel! ¡Símbolo de amores a vida o muerte! ¡Bandera tan negra como los odios, como los celos, como las trenzas de pelo regaladas a media noche y los demás enseres del guardarropa de las pasiones meridionales! ¡Bandera tan negra como los ojos de las mantenedoras y como la sangre de los que penan por su querer! ¡Bandera negra que no arrancarán de los hombros de nuestras andaluzas todas las ladys y demoiselles del mapa-mundi!- Pido, pues, que se coloque una mantilla nacional en la Basílica de Atocha.

- III -

El Sábado de Gloria

¡Alleluia! ¡Tiremos los trastos por la ventana!... ¡Llegó la hora de tocar a gloria!

La semana anterior todo era silencio y tristeza... hasta cierto punto: las campanas, los coches, los planos, los organillos, las murgas, todos los ruidos gozosos de la capital habían callado. Los teatros estaban cerrados, las tertulias... ¡perdone usted por Dios! Ni un baile; ni un concierto, ni un alma en el Prado; ni un carruaje en la Castellana.- Nada, en fin, daba idea de la gran vida de la corte.

Las noches eran eternas. Los madrileños se aburrían como provincianos. Para ver a las muchachas era necesario hacer lo que en tiempos de Calderón: rondar a la puerta de las iglesias. ¡Y, cual si esto no fuese bastante, el viento silbaba lúgubrementemente, y la lluvia se divertía, como los pastores de la Arcadia, en hacer correr a las doncellas... con los miriñaques al descubierto! ¡Qué días!

¡Y qué transformación!- Las campanas estremecen el aire, y los coches se estremecen sobre el escabroso piso de la gran capital!...

Los carteleros vuelven a empapelar las esquinas con anuncios de teatro...

Los que por la mañana salen a negocios, oyen nuevamente las interrumpidas lecciones de canto y piano que dan entre el chocolate y el almuerzo las hijas de los que tienen dinero, o las huérfanas de los que se lo dejaron; y el transeúnte, si es demasiado soltero, al escuchar un aria mal cantada o peor tocada, adivina, allende la vidriera (que alguna fámula limpia tarareando el malagueño), a la señorita de la casa, despeinada, mal envuelta en una bata y un mantón, fluctuando entre los recuerdos de la pasada noche y los planes de las batallas que piensa dar a la tarde en el Prado, o después en el teatro... Y el hombre de negocios sigue su camino entre un aluvión de cocineras, que vuelven de la plaza con las provisiones vedadas desde el Miércoles Santo; pues ya va a sonar en las cocinas la hora de la resurrección de la carne...;- ¡lo cual sienten muchísimo los que gustan más del pescado!

Las recién llegadas golondrinas hienden el aire, rozando a veces los adoquines con sus alas, en tanto que las filas y las rosas abren sus perfumerías en los jardines públicos y privados...

Los tenderos, los sastres y las modistas exhiben sus géneros primaverales. Apáganse las chimeneas y las estufas. Desaparecen las copas y los braseros. Y los manguitos, las capas y los abrigos de todas clases quedan en situación de reemplazo hasta el año próximo, no sin espolvorear antes sobre ellos alcanfor y pimienta quebrantada...

Los balcones empiezan a verdear. Las jaulas de pájaros permanecen en ellos toda la noche, lo que produce deliciosos conciertos callejeros por las madrugadas. En las plazas poco transitadas nace alguna yerba entre el empedrado, y en el corazón de los que ya no tienen corazón se despierta no sé qué hambre de amor y de vida, de gloria y de felicidad que hace dificultosa la respiración y largas las horas del anochecer...

Los cementerios merecen también las atenciones de Flora, y se ponen tan lindos y perfumados estos días, que es un gusto pasarse allí la siesta leyendo novelas de amores o pensando en los medios de llegar a ser excelentísimo señor...

¡Oh... sí! En todo se advierte que la naturaleza ha tocado también a gloria. En la Carrera de San Jerónimo sacuden las alfombras del Congreso, próximo ya a reanudar sus tareas. Las reuniones literarias, tan de moda este año, vuelven a sus honestos recreos..., y dentro de pocas semanas se prolongarán las sesiones del Prado hasta las once de la noche...

¡Allí están ya las sillas, testigos de tantos dúos en mí mayor, esperando nuevas veladas cariñosas en que se desenlacen los dramas sentimentales del pasado invierno!...

¡Oh Dios! ¡Todos los años lo mismo! y, sin embargo, ningún año nos perdona los consabidos doce meses de existencia.- Está visto: esos pequeñuelos que juegan por las tardes en el parterre del Retiro, en la Fuente de Apolo y en la Plaza de Oriente, acabarán por quitarnos nuestros papeles de galanes jóvenes, relegándonos al de barbas.

- IV -

La nueva primavera

Vuelvo a mi canción de siempre.

No hay bien ni mal que cien años dure; y en consecuencia de esto, nuestro insigne Quintana ha bajado al sepulcro a los ochenta y cinco años de haber nacido.- Hanle enterrado, y pax Christi.

España es un templo que se hunde. Hoy sopló el viento un poco fuerte, y ha venido a tierra un arco, una torre, una columna..., lo que quiera que haya sido Quintana. Los periódicos religiosos han cogido el derrumbado fragmento, y han apedreado con él a los liberales.

El siglo que viene, tal día como hoy, serán otros los soberanos de Europa, y se habrán vuelto feas, ¡muy feas!, todas las muchachas bonitas que hoy nos embelesan en paseos y teatros. Pero yo siento más que nada no haber de conocer las óperas nuevas que se cantarán en la temporada cómica de 1958 a 1959. ¡Qué buenos coliseos habrá entonces! ¡Qué buenas compañías!- ¿Cómo diablos se llamará la prima donna?- ¡Ay! Ni aun viviendo tanto como Quintana conseguiré saberlo.- Lo más que yo podré vivir es hasta 1908.

Pero (hablando de otra cosa) sean ustedes francos, señores empresarios del teatro nuevo: ¿creen ustedes que en el siglo que viene, por ahora, habrán engendrado ya las zarzuelas la ópera nacional?

- ¡Qué nos importa!- dirán ustedes.- ¡Nosotros ya habremos muerto!

- ¡Ah! ¡Ya! Ustedes son como esos forasteros que van vendiendo por los cortijos filtros y brebajes que han de producir su efecto a los tres días... El Dulcamara toma las de Villadiego con anticipación... y a los tres días no hay quien encuentre una ópera española para un remedio.

La muerte de Quintana ha coincidido con la llegada de la Primavera. Dícese que esta joven viene de la zona templada meridional, donde ha residido durante nuestro otoño del año último. Llega tan hermosa y rozagante como si el tiempo no pasase por ella.

Aconsejo al Sr. Urríes que la ajuste en el Teatro Real, para bailar la parte de la Primavera en las Vísperas Sicilianas, pues la demoiselle que hoy quiere pasar por Flora no nos convence a los señores abonados.

- V -

El verano en Madrid.- Recuerdos del invierno y de otros veranos.
Viernes 23 de Julio.

Hoy ha principiado la Canícula, lo cual equivale a decir que un perro rabioso es desde hoy, mitológicamente hablando, Gobernador de los cielos. ¡Bien se conoce en esta pobre tierra!

El verano en Madrid es horrible, desconsolador, bochornoso en el doble sentido de la palabra.

Yo concibo el invierno en esta capital de la Mancha. Nada me importan las pulmonías, ni los demás inconvenientes de la inclemencia del vecino Guadarrama. Abrígase uno lo mejor que puede; permanece en la cama arropadito hasta que se pone el sol, esto es, hasta las tres de la tarde; envuélvese en la capa o abotónase el gabán, y échase a la calle en busca de pajaritas de las nieves...

(Así llamo yo a todas las madrileñas, a causa del valor impertérrito con que arrostran los cuatro y los seis grados bajo cero, con tal de lucir en el Prado o en el Retiro una capota nueva o un manguito recién llegado de París, cuando no las botas y hasta las medias.)

A las cinco sube uno por la calle de Alcalá soplándose las puntas de los dedos, en busca del café, del Casino o de la sala de Conferencias del Congreso, donde le aguarda una compacta concurrencia que pregunta a cada instante:- ¿Qué hay?

Y hay mucho. Hay el baile que se espera, la cena de la noche anterior en el baile de máscaras, las intrigas amorosas que allí sorprendieron los desocupados, lo que ha pasado entre bastidores en las Cortes, la ópera nueva, la claqué y la contraclaqué, Fulano que ha llegado (porque en este tiempo todos llegan, ninguno se va), lo que le pasa a Zutano, el desafío en ciernes, el libro que acaba de publicarse, la reunión literaria a que se asistió, la tertulia de la Marquesa, las ostras que recibió Farrugia, la bailarina que va a debutar, la quiebra de tal banquero, la boda proyectada, el suicidio de vuestro amigo, la mozueta de moda, los anuncios

de guerra europea, la joven que se escapó con su amante, el caudal que Perengano ha dejado al morir, el periódico que dice esto, la proclama que añade lo otro, la Gaceta que se calla, el diputado que anuncia: ¡Verán ustedes mañana!..., el literato que recita su última sátira contra las instituciones... ¡Oh! Es una vida magnífica.... vida febril, artificial, necia si queréis; pero que mata las horas, ocupa la imaginación y distrae el hambre canina del espíritu más soñador y melancólico. A las ocho la fonda; a las nueve el teatro; a las doce la tertulia, el té, la buena conversación en torno de la chimenea; a las dos el tte a tte con la dueña de la casa en que tenéis el privilegio de quedaros rezagado; a las tres la última vuelta por el Casino, el chocolate final, salpimentado con la noticia fresca, con lo que mañana no traerán aún los periódicos, con lo que se acaba de ver u oír en Palacio, en el Ministerio o en el baile de la embajada; y, en fin, a las cuatro a casa, a leer La Época, a escribir dos o tres cartas y a dormir el dulcísimo sueño del invierno.

Repito que concibo esta vida en Madrid. Pero ¡la vida del verano! ¡No volveré a pasar otro bajo la tutela de San Isidro, mientras no traigan el Lozoya!

¡Qué calor! ¡Qué polvo! ¡Qué fetidez! ¡Ni un árbol, ni una flor, ni un chorro de agua, ni un pájaro, ni la sombra de una peña..., nada que solace los sentidos! Los teatros, cerrados o convertidos en baños rusos, llenos de pretendientes y dando las funciones sobrantes de la temporada; los cafés..., desanimadísimos; como que se va a ellos a refrescar y a descansar, no a agitarse y divertirse; las tertulias..., suspensas; el Gobierno, aletargado; las mujeres de primera fuerza, en Biarritz; las personas que más se aman y se necesitan, hablándose a tres pasos de distancia, a fin de no derretirse mutuamente; el Prado, hirviendo en un gentío que se queja del mal día que ha pasado y busca en un paseo de trescientos metros frescura y expansión para diez mil pulmones; el tabaco, que reseca; el vino, que estraga, la comida, que sienta mal, el amor, que está vedado en los meses sin r, la cama, que brinda con una vigilia espantosa; y no más baños que el río Manzanares o un pilón del tamaño de un ataúd!... Tal es el cuadro del estío madrileño. ¡Oh, qué diferencia entre este verano y el verano que yo pudiera pasar, si no fuera por lo que no es!

Cuando esta noche, sentado en el Prado, esperaba la llegada de una brisa respirable, levanté los ojos al cielo, y, al verlo cuajado de estrellas, recordé las noches pasadas en el campo, bajo los árboles, sin otra luz que la de la luna, al lado de personas queridas, oyendo el rumor melancólico del agua y respirando un ambiente cargado de esencias de tomillo y de romero.

- ¡Felices- dije- los que están así en este momento, descansando de la campaña del invierno pasado y disponiéndose para la del invierno futuro!

Creí entonces oír dulces y apacibles pláticas, cantos divinos,

aprendidos de labios de la Gazzaniga o de la Didié desde la butaca de un teatro, y regalados suspiros de amor, nuncios de matrimonios venideros...

Luego se trasladó mi imaginación a la orilla del mar..., y allí estaba también la luna, rielando en las soñolientas olas, que murmuraban bendiciones bajo las caricias del cielo. Allí mis amigos, mis contertulios, mis madrileñas del alma, se aprestaban a entrar en ligero bote para dar un paseo veneciano. Y oí la barcarola improvisada, y el golpe de los remos, y el canto lejano del pescador, y el alerta de los centinelas tendidos por el muelle, y el pito del carabinero de mar, que corría por la costa, creyéndonos contrabandistas...

O bien me imaginé el baile improvisado en una Casa de Baños, donde todos se desconocen, donde brotan tan súbitas y ardientes las simpatías; donde cada cual es distinguido por su buena educación, por su gracia, por su figura, por su caridad, por su elegancia, por todo menos por su nombre.

Si pensaba en Andalucía, oía la patética rondeña y la tristísima caña, que con sus interminables cadencias traen a la imaginación los páramos infinitos de los desiertos de África. Si en Aragón o Valencia, creía escuchar la bulliciosa jota, enérgica, brusca y apasionada, como aquellos pueblos indómitos, tan ufanos y amantes de su clásica tierra. Si en Galicia o las provincias Vascongadas, escuché aquella inefable melodía de todas las razas montañosas, triste y alegre como la alborada después de la tempestad; melodía que llora y ríe a un mismo tiempo, y que es igual en Cantabria que en Suiza, en el Cáucaso que en los Drofines.

Tal soñé por dos cuartos que me costó sentarme en una silla desvencijada del Ayuntamiento. Alamedas, campiñas, bosques, ríos, lagos, estanques, parras pomposas y aristocráticos lechos de jazmines, todo pasó ante mi vista en variada confusión, mientras que los chicos y las mujeres gritaban en torno mío: ¡Agua, merengues y azucarillos, agua! ¡Fósforos y cerillas!

- VI -

Más delicias de Madrid.- Un paseo matinal.
Sábado 24 de Julio.

Esta mañana me levanté a las seis.

El sol, que había madrugado mucho más que yo, llevaba ya hora y cuarto de trabajar en su oficina.

Hallé, pues, la tierra perfectamente caldeada, sin que esto sea decir que se hubiese enfriado durante la noche anterior.

Fui al Retiro en busca de frescura; pero aquellos raquíuticos árboles no llegaron a darme sombra. Me acerqué al estanque para recrear mis calcinados ojos con la contemplación del agua, y el olor a peces muertos me hizo retroceder más que a prisa.

- ¡Basta por hoy de placeres del campo!- me dije.

Y tomé el camino de mi casa.

Como era tan temprano, los barrenderos estaban haciendo de las suyas en las calles y plazas de la capital. En cambio, de trecho en trecho, había sobre la acera un charco de agua infecta o de otra cosa peor.

Era, cuando menos, que algún honrado vecino, para cumplir con la orden del Ayuntamiento, que manda regar las calles dos veces al día por cabeza, había vaciado allí una aljofaina de espuma de jabón, después de hacer las abluciones matinales.

Las burras de la leche, que siempre me recuerdan el cuadro de la Caridad romana, volvían al hogar doméstico, después de haber restaurado pulmones y bronquios en los cuatro ángulos de la villa de Felipe II (suponiendo que esta villa tenga la forma cuadrangular).

Montañesas, gallegas, asturianas y demás variedades del bello sexo macizo, conferenciaban sobre economía culinaria en las avenidas de los mercados.

Derribaba, en fin, por su parte, casas viejas el gremio de albañiles, sin consideración a la hora ni a las circunstancias de las calles, poblando la atmósfera de nubes de polvo, portadoras a veces de granizos de un tamaño más que regular.

Agréguense dos o tres mil coches de alquiler que ya estaban en movimiento; las tiendas nómadas establecidas al paso del transeúnte; los carros de yeso y de ladrillo, andando como dicen que andan las tortugas; los treinta grados de calor que ya marcaba el termómetro a la sombra; los relojes, dando cada uno la hora que se le antojaba; el ruido de los talleres; las tropas que, a lo mejor, se atravesaban en la embocadura de una calle, obligándole a uno a presenciar el desfile..., y se formará idea de las delicias de un amanecer de la corte, de una mañanita de verano de esas que cantan los poetas sentimentales, de lo que es, por último, la hora más soportable de las quince que permanece ahora el sol en nuestro horizonte.

- VII -

Caracteres de un domingo.- Sobre los marianos.- La vida en abreviatura. Domingo 25 de Julio.

Esta mañana abrí el Calendario de Castilla la Nueva, y leí estas palabras:

«25 de Julio.

»Domingo IX.

»Santiago, apóstol, patrón de España, y San Cristóbal, mártir.

»Sale el sol a las 4 y 50 minutos.- Se pone a las 7 y 22.

»Luna llena a las 11 y 48 minutos de la noche en Acuario.- Truenos.»

Todo ha resultado cierto. El programa del almanaquero se ha cumplido en todas sus partes.

Ha sido 25 de Julio.- De esto no tengo duda, a fuer de partidario de la Corrección gregoriana. Los rusos, los griegos, los musulmanes, los chinos, los israelitas y muchos otros pueblos llevan la cuenta de diferente modo...; pero el resultado es el mismo. Si Julio siguiera siendo todavía el quinto mes del año, como lo era en la antigua Roma, no por eso tendríamos hoy dos meses menos de existencia. Y si los hombres decidieran que este año fuera de cuarenta mil días, los niños que nacieron ayer estarían canos, calvos y sin dientes antes de fin de año.

Tampoco tengo duda de que hoy ha sido domingo.

Voy a dar mis razones.

Los mercaderes del cuarto bajo de mi casa cerraron la tienda a la una de la tarde. En seguida los vi dirigirse, hechos unos brazos de mar, a casa de sus novias o archi novias..., con hambre de una semana. Después me los encontré en el Prado fumando magníficos coraceros. Luego irían a tomarse su par de sorbetes al café del Iris, y acaso, acaso, se atreverían a dar una vuelta por el Circo..., a fuer de amantes de la Ópera española.

¡Oh buenas gentes! ¡Cómo envidio su metódica existencia! ¡Qué felices han sido hoy durante esas diez horas de asueto! En cuanto a mí, los criados me dijeron bon jour a las tres de la tarde, en uso de su derecho: mi sobrinillo vino a pedirme el medio duro semanal: por la mañana estuve en misa, y a la tarde a comer con D.^a Torcuata: todo lo cual, unido a que los jornaleros se han puesto hoy camisa limpia, me demuestra que el almanaque no se ha equivocado por esta vez.

También ha sido Domingo IX.- Esto quiere decir que van nueve Dominicas después de Pentecostés, y que faltan diez y siete para el Domingo I de Adviento, que significa domingo I próximo a la venida del Mesías. Después hay cuatro domingos que llevan esta denominación... ¡y año fuera!

¡Como quier que se tome, el tiempo anda lo mismo! Sin embargo, el Cómputo Eclesiástico me parece más bello y consolador que ningún otro. Hay en sus periódicas fiestas algo parecido a lo que dije de las periódicas dichas de los mercaderes. Las costumbres. son la vida del hombre y de la sociedad: sin ellas, el mundo se viene abajo.

Por lo que respecta a ser día de Santiago, patrón de España, y de San Cristóbal, mártir, me habían convencido de ello dos circunstancias:

primera, la verbena de anoche: segunda, el aguador, que se presentó muy tarde, más cargado de vino que de agua, diciendo que hoy era su día. ¡Y no acabó de decir esto el buen Cristóbal, cuando se le cayó la cuba que llevaba a cuestas; lo cual me pareció indigno de su nombre!

Que el sol salió y se puso a las horas precitadas... ¡lo creo!- ¡Así no hubiera salido!

Y, en fin, lo del plenilunio, yo mismo lo estoy viendo mientras escribo.

Y ¡qué hermoso está el astro del amor!...- ¡Quiera Dios que no olvide su compromiso con Acuario, de regalarnos una buena tormenta!
Lunes 26.

Santa Ana, madre de Nuestra señora.

Indudablemente ha sido lunes, pues que no he recibido esta mañana más periódicos que la Gaceta y el Diario.

Por ser día de Santa Ana, he meditado largamente en un asunto que trae dividida la opinión en estos Reinos. Hay provincias de España en que los Marianos celebran hoy sus días, y hay otras en que los celebran el día del Dulce Nombre de Nuestra Señora.

Esto es un mal, ya que no desde el punto de vista artístico y poético, desde el punto de vista administrativo.- Mientras no haya uniformidad en las costumbres del pueblo español, los Gobiernos trabajarán inútilmente por hacerlo rico y poderoso.

Dígoles, porque la misma diversidad de miras e intereses que hay en punto a Marianos, nótase en otras muchas cosas, siquiera sean menos importantes. El vasco conserva sus fueros. Andalucía necesita el librecambio, mientras que Cataluña lo rechaza. En Valencia no se habla el castellano, ni en el Principado, ni en las Provincias Vascongadas, ni en Galicia. Madrid está infestado de escépticos, en tanto que Aragón y otros reinos hierven en fanáticos. Nuestras provincias septentrionales claman por descentralización administrativa, y la merecen; mientras que los meridionales no tendrían ni agua que beber si no fuera por la centralización. En un lado llevan los españoles zaragüelles, en otro calzón bombacho, aquí pañuelo en la cabeza, allá sombrero de catite...

¡Así no se regularizarán nunca la industria y el comercio! Los Congresos serán siempre de mil colores, y no acertarán a entenderse; pues cada diputado hablará el dialecto de su provincia, y querrá las leyes a medida de sus costumbres; en lo cual tendrá muchísima razón.

Lo propio digo de las horas de comer. Hácese necesario que todos los madrileños comamos a una misma hora, si no se quiere que el hombre activo (suponiendo que haya alguno en España) que tenga que ver a veinticuatro

españoles a diferentes horas (a este a las doce, a aquel a las dos, a uno a las cuatro, a otro a las nueve), los encuentre a todos con la boca llena.

Y si no, reflexionemos:

A la una de la madrugada cena, de vuelta del teatro, el que comió a las seis de la tarde.

A las dos, tómate en los cafés chocolate a última hora.- Esta es la frase.

A las tres, están llenas de gastrónomos y gentes de buen humor todas las fondas llamadas colmados, andaluces y montañeses.

A las cuatro, cenan los jugadores del Casino.

A las cinco, están las buñolerías atestadas de trasnochadores.

A las seis, toma chocolate todo el que madruga.

A las siete, echan el aguardiente las cocineras que van a la compra.

A las ocho, almuerzan los españoles rancios, el clero y los que han cazado por la mañanita con la fresca.

A las nueve, los chicos que van a la escuela y a los colegios, muchos abogados y procuradores y todos los que comen a las tres.

A las diez, los que comen a las cuatro.

A las once, los que comen a las cinco.

A las doce, los que comen a las seis y bajan al Prado a las siete.

A la una de la tarde, los que comen a las siete después de haber echado una siesta.

A las dos, los que comen a las ocho, que son muchos, principiando por mi persona.

Pues volvamos la oración por pasiva.

A las tres, comen los que almorzarón a las nueve.

A las cuatro, los que almorzarón a las diez.

A las cinco, los que almorzarón a las once.

A las seis, los que han de cenar a las doce.

A las siete, los que cenarán a la una.

A las ocho, comen los que almorzaron a las dos, meriendan los que comieron a las tres y cenan los que comieron a la una.

A las nueve, se come y se cena.

A las diez, cenan los que comieron a las cuatro.

A las once, todos los que piensan madrugar.

Y a las doce, se sirve el té con pastas en la mayor parte de las casas montadas a la moderna.

¡Tal es la anarquía que reina en la villa y corte!

Lo repito: la nacionalidad española no existe todavía, ni puede existir si no se remedian estos males.- Desde Isabel la Católica hasta el presente, no se ha dado ningún paso en pro de la unidad nacional. Cuando todos los Marianos reciban felicitaciones el 26 de Julio, tendremos mucho adelantado para conquistar a Gibraltar, unimos con Portugal, absorber la república de Andorra, civilizar el imperio marroquí y castigar a los que rondan la Isla de Cuba.- En tanto no llega ese dichoso día de Santa Ana, nuestras Españas y nuestras Indias serán lo que hasta aquí: diez y seis millones de caballeros particulares que toman el sol o el fresco, pensando en qué es peor: si el himno de Riego, o el programa de Bravo Murillo.- Ahora: como poeta y como artista (ya lo he indicado), alégrome en el alma de que el tiránico nivel del siglo XIX no haya pasado todavía sobre la pintoresca variedad de nuestras provincias.

Dije ayer que la luna había entrado en Acuario y que el almanaque anunciaba truenos.- La profecía se ha cumplido admirablemente. ¡Loor a nuestros astrónomos!- Esta tarde hemos tenido una magnífica tormenta con aguacero, truenos y rayos.

Uno de éstos ha caído sobre la iglesia de San Cayetano, incendiando toda la cúpula...- ¡El demonio son los rayos del cielo!

Martes 27.

Tomé chocolate,- me levanté,- me lavé,- medio me vestí,- leí los periódicos,- escribí dos cartas,- almorcé,- acabé de vestirme,- fui a casa de Antonio,- disputé sobre geología,- comí,- di un paseo,- fui al café,- tomé un sorbete,- entré en casa de la Baronesa,- me dio té,- vine acá,- me senté al balcón al fresco,- y ahora voy a acostarme.

Ya dijo Iriarte:

Levántome a las mil, como quien

soy,

Me lavo. Que me vengan a afeitarse.

Traigan el chocolate; y a peinar.

Un libro... Ya leí... Basta por hoy.

Si me buscan que digan que no estoy...

Polvos... Venga el vestido verdemar...

¿Si estará ya la misa en el altar?

¿Han puesto la berlina?... Pues me voy.

Hice ya tres visitas: a comer...

Traigan barajas: ya jugué. Perdí,

Pongan el tiro. Al campo; y a correr...

Ya Doña Eulalia esperará por mí...

Dio la una. A cenar y a recoger.

¿Y es esto un racional?...- Dicen que sí.

¡Ah! ¿Qué es la vida?- me preguntaba hace poco contemplando la eterna luna.- Y en verdad que no he sabido responderme.

Heme con un día menos... ¿En qué lo he pasado?- ¡Vive Dios que me avergüenzo cuando lo medito!

¡Y si pienso en que esto es ser feliz, en que ocho mil días como el de hoy constituyen todo mi tesoro; en que la majestad del hombre se reduce a tan mezquinas tareas; en que el porvenir es una multiplicación de vanidades que desprecio, de placeres que ya conozco y de dolores mayores que los que he sufrido!...

Decididamente, yo necesito tener un hijo, escribir un libro y plantar un árbol.

- VIII -

Locomoción

Viernes 6 de Agosto, al amanecer.

Son las cuatro de la mañana.

De hoy no pasa sin que me marche.

Pero ¿adónde?

Esto es lo que no sé todavía.

Tengo hecho el equipaje, la carta de vecindad en el bolsillo, la bolsa de viaje pendiente del cuello, el dinero... donde yo me sé, las pistolas en la faltriquera, un guante puesto y el otro quitado, el libro de memorias debajo del brazo izquierdo, el mapa de Europa en la mano derecha, cuartos para los pobres en el bolsillo del pantalón, cartas de recomendación... no las quiero ni las necesito, provisiones de boca en un cesto muy grande, pasaporte para el extranjero en la cartera, espolines en su estuche y agujeros para ellos en las botas.- Nada me falta: puedo marchar inmediatamente...

Pero ¿adónde? (vuelvo a preguntarme). ¿Cómo? ¿En qué forma? ¿Hasta cuándo? ¿Para qué?

Pláceme mucho hacer cosas nuevas; de modo que, por mi gusto, este viaje que emprendo en busca de árboles, de frescura y de agua en que meter el cuerpo, lo llevaría a cabo si pudiera de un modo raro y extraordinario.

Recapitulemos a ver si doy con algo original.

Yo he viajado ya en barco de vela, en barco de vapor, y en barco de remo...

Por consiguiente, no es cosa de embarcarme en el Canal de Manzanares.

También he viajado en ferrocarril,

en diligencia,

en posta,

en coche particular... ajeno,

a caballo,

en galera,

en calesa,

en carro de bueyes,

en mula

y en asno.

(De todo lo cual me alegro mucho, yo el editor del Diario de un Madrileño, porque escribiendo así en parrafitos tan cortos, cunden mucho los artículos literarios.)

He patinado y andado en trineo.

He sido llevado a cuestras para pasar algunos ríos.

Me han conducido en brazos, primero mis once nodrizas, y en cierta ocasión las masas populares.

He bajado a varias minas colgado de una cuerda.

He trepado por escalas de nudos.

He andado sobre zancos de madera.

Me he arrastrado como una serpiente por cañerías morunas buscando tesoros.

He andado a cuatro pies por los tejados.

He cabalgado cuando niño en carneros merinos, perros de Terranova y cerdos en pelo, es decir, cerdos en cerda.

También he nadado, lo que me gusta más que andar.

Porque se me olvidaba decir que he andado.

He volado en sueños.

Me he mecido a mi sabor en campestres columpios, recibiendo el impulso de manos hermosísimas.

He dado vueltas en el tío Vivo.

He resbalado voluntariamente de espaldas apoyado en un bastón con punta de hierro desde heladas cumbres a nevados valles.

He rodado sin querer como una pelota por la ladera de cierto abismo.

Me he arrojado desde una montaña rusa.

He botado con b, pues con v no he podido (tal estaban las listas electorales...)- he botado, digo, siendo presa de una convulsión que suele visitarme.

He caído de pies de una respetable altura.

He saltado más de cuatro arroyos.

Y he hecho la belica.

Hasta aquí lo que conozco.

Veamos ahora lo que no conozco.

No he viajado en globo aerostático.

Ni en ataúd.

Pero tengo esperanzas de viajar de una y otra manera, porque yo soy de los que saben que han de morirse y de los que creen y esperan que se dará dirección a los globos.

Tampoco he caminado sobre la joroba de un camello, como los árabes.

Ni sobre el lomo de un elefante, como los indios.

Ni en litera, como las damas del siglo XVI.

Tampoco he sido llevado todavía en andas.

Y digo todavía, no porque entre en mis proyectos ir a la China (sobre todo desde que ya va todo el que quiere, gracias a los cañones de Inglaterra y Francia), sino porque puedo llegar a ser Santo y salir en procesión- que Santos hubo, o, por mejor decir, hay en el almanaque que a mi edad eran mucho más malos que yo, como pueden atestiguar San Agustín, San Pablo, San Francisco de Borja y otros.

Tampoco me han paseado en la punta de una pica como a la Princesa de Lamballe; pero todo me lo temo..., y eso que no soy príncipe todavía...

(De este todavía digo lo mismo que del anterior.)

¿De cuál de estas maneras emprenderé mi viaje?

De ninguna.

Recurramos, pues, a lo ya conocido.

Me marcho en diligencia.

El dónde no lo sé, pero ello dirá. Por lo pronto me dirijo al Norte, cosa muy natural en quien busca fresco.- Mañana a estas horas estaré en Valladolid.

No siento pena por lo que dejo en la corte. Tengo la seguridad de que yéndome no me privo absolutamente de nada agradable. De aquí al otoño, que pienso volver, todo seguirá como se encuentra hoy- dormido, asfixiado,

muerto y enterrado en polvo por añadidura.

¡Dios mío, que me salgan ladrones, que volquemos, que encuentre alguna compañera de viaje muy bonita; que pasemos hambres y tormentas!- ¡Emociones, Dios mío, emociones a toda costa!

¡Con que esto es hecho!- ¡Adiós, Madrid! Te dejo ensayando zarzuelas y discursos parlamentarios; disponiéndote a levantar la Puerta del Sol y a reunir un nuevo Congreso de diputados; esperando la del cielo, esto es, agua llovediza que temple el rigor de tu caliginoso ambiente, y confiando en la venida del Lozoya y de una buena Compañía de ópera italiana.- ¡Que Dios escuche tus votos!

¡Adiós, noches del Prado, tardes de la Fuente Castellana, mañanas del Retiro! ¡Adiós, sol de la Mancha, luna de Julio, horchata de chufas, pretendientes que concurrís a los cafés, bailes del Tivoli, baños del ex Manzanares!- ¡Hasta las Ferias, si el tiempo lo permite!

Pero no creo haberme despedido lo bastante de la Puerta del Sol, y retrocedo sobre mis pasos para decirle:

- ¡Adiós, nueva Palmira; fruto precioso de la revolución de Julio; cascajal perdurable; Proteo geográfico, tan pronto laguna como pantano, hoy montaña si ayer derrumbadero; Maelstrom de los coches; digno atrio del Ministerio de la Gobernación de España; moderna Troya, en cuyo centro mueren los ministros demasiado arrogantes; barricada eterna, en que los menestrales acechan a los ministriles; manzana, no de casas, sino de la discordia entre académicos, ingenieros y capitalistas; Puerta Otomana, que has dado margen a toda una guerra, que empezó por donde concluyó la de Oriente (por la demolición de algunos edificios), y terminará Dios sabe cómo!- ¡Adiós!- ¡Quieran los cielos que, cuando yo vuelva te hayas convertido en un lago como Pentápolis!

- IX -

El otoño en la corte

(Carta que el «Madrileño» recibió, o más bien supuso haber recibido estando en el campo.)

¡No nos escribas más cartas acerca de los valles y montañas de Santander!- ¿Qué pueden interesar ya a los suscriptores de La Época las delicias del campo, ni los baños de Ontaneda, ni los de mar, ni los saltos de los pasiegos, ni las apuestas de los barreneros de esas minas, ni las proezas de los tiradores de barra, ni los triunfos de los jugadores de bolos, si el verano puede darse por concluido, si pasado mañana principia el otoño, si nadie piensa ya en los placeres de la Naturaleza, si todos suspiran ya por los placeres del arte, si no hay quien desee salir de Madrid; si, por el contrario, los que salieron están preparándose a volver, y tú mismo comienzas a aburrirte y a echar de menos la vida de la sociedad.

¡Vente, pues, mi querido amigo! ¡Vente a este mare-magnum, que ya

principia a encrespar sus olas! ¡Ven, que ya amanece el año madrileño de 1859! ¡Ven, y lánzate a este torbellino de ambiciones, de novedades, de espectáculos, de peligros, de grandezas, de miserias y de locuras, fuera del cual no podemos vivir un año entero los que ya lo conocemos a fondo!- Y es que Madrid se parece a esas coquetas encantadoras que despreciamos tanto como las apetece, y que abandonamos para siempre todas las noches, sin perjuicio de volver a buscarlas todos los días.

A la hora en que te escribo, ya se empiezan a hacer los preparativos de la feria, y da gusto andar por el paseo de Atocha entre pilas enormes de exquisitas frutas.

Me dirás a esto que tú las tienes ahí más exquisitas, y colgadas de los árboles como su madre las parió, y yo te replicaré que aquí las frutas sirven de fondo a un cuadro animadísimo de muchachas como es preciso..., ya que no muy comm'il faut; pero muchachas, al fin, muy bonitas y elegantes, entre las que figuran A... E... I... O... U... y otras varias y diversas, que ya han regresado de Chamberí, el Molar, Carabanchel y demás residencias veraniegas... de tercera clase.

¡Oh! ¡Sí! Las diligencias y los correos vienen atestados hasta los topes, es decir, hasta los cupés...

El Prado se puebla de emigrados que ostentan las últimas modas de París, Londres y Viena...

Los teatros ensayan...

Los conciertos preludian...

En las horchaterías se venden esteras de esparto...

Sacúdense y tiéndense algunas alfombras...

¡La resurrección, la rehabilitación, la restauración cortesana es ya un hecho consumado!

El uno llega con los bolsillos llenos del oro que ganó en el garito europeo llamado Baden-Baden.

El otro nos trae noticias de los hombres de orden que gimen en un ostracismo espontáneo, allá en las tristes márgenes del Sena...

Quién ha hecho acopio de salud que derrochar;

Quién de dinero, arrancado a su patriarcal familia;

Quién de libros, para emprender otro año universitario;

Quién de novias, en el primer grado del amor, ganadas a punta de

lanza en el Cabañal de Valencia o en las orillas del lago de Enghien; en los Pirineos o en Andalucía.

D. G... tiene en cartera un drama, que piensa hacer representar.

D. H... trae una máquina para aprender el idioma chino sin necesidad de maestro.

D. J... un discurso contra la Situación, que ya le quita el sueño a los siete Ministros.

D. X... hace gárgaras, preparándose a contestar a D. M.

Los cantantes del Teatro Real asoman por Chamberí vestidos de invierno, a fin de no constiparse hasta que les convenga.

En fin; los templos de la gloria, del amor, del dinero y del poder entreabren ya sus puertas; la cucaña de la dicha se levanta otra vez en medio de la corte, y cien mil combatientes esperan la señal del asalto.- ¡Ven a las filas!- La inteligencia, la hermosura, la intriga, el valor, los billetes de Banco y hasta la honradez son las armas del combate...Acude, corre, vuela; elige tu sitio; esgrime el arma que debas al cielo; cierra los ojos y baja la cabeza; envuelve tu corazón en un frac, como en una mortaja, y ¡adelante!...; que, según dijo un sprit fort de la antigüedad:- Vitae summa brevis spem nos vetat inchoare longam.
- X -

La apertura del Teatro Real

El mundo madrileño se constituyó al fin la noche del sábado pasado.

Estamos en pleno 1859, aunque todavía no haya terminado el 1858.

Tanto correr por esos caminos, los billetes del correo y de la diligencia tomados con anticipación, la confluencia espantosa de viajeros que vio Madrid a fines de Septiembre, la actividad que se notaba en el comercio y en casa de los sastres y modistas, los encargos hechos por telégrafo, las mil disputas en las aduanas, aquel afán porque todo estuviese concluido y por hallarse todos presentes en la corte para un día fijo, para un día dado, para el 1.º de Octubre, no significaba otra cosa (puerilidad parece, pero apelamos a la conciencia de cada uno) sino que en ese día se inauguraba la temporada del Teatro Real.

Y, pues el Teatro Real abrió ya sus puertas, dicho se está que ha principiado un nuevo año madrileño.

Esto que digo no es opinión exclusivamente mía, sino proverbio ya, que corre de boca en boca: «Hasta que se abre el Teatro Real, Madrid no es Madrid.»

En vano es que deje de hacer calor; que truene y que llueva; que se

abran otros teatros; que se haga la vendimia; que aparezcan algunos abrigos; que dé la oración a las seis y media; que se cuajen de noticias los periódicos; que empiecen o acaben las ferias; que vengan los estudiantes y los pretendientes; que se caigan las hojas de los árboles, y que el Prado, el Casino y los salones, estén llenos de gente...- Parece que hay un convenio tácito en no dar importancia a estos hechos hasta que se entra oficialmente en Madrid; esto es, hasta que se aparece en el Teatro Real.

Esta es la gran cita, el gran congreso, la hora solemne en que se toma posesión del cargo de madrileño y se abre la legislatura de la sociedad elegante.- Después de esta sesión inaugural, ya puede uno decir en voz alta que ha llegado. Ya recibe; ya visita; ya está en la corte.- Decirlo antes, fuera exponerse a hacer sospechar que no se ha salido, y esto es imperdonable.

Por lo demás, la apertura del regio coliseo ha sido este año tan solemne como de costumbre.

Desde ocho días antes no se encontraba un billete ni por un ojo de la cara, y la Contaduría y la casa del empresario hallábanse sitiadas por filarmónicos de ambos sexos que mendigaban hasta una delantera de palco.

¡Tratábase de la Traviata, ópera popular como pocas, que tiene el privilegio de sacar de sus palacios y de sus casillas (entiéndase buhardillas) a los habitantes de Madrid, sobre todo a las señoras de medio pelo!

A las siete de la noche, ya batían las puertas del suntuoso teatro las oleadas de la muchedumbre, que, habiendo de conquistar su asiento por derecho de prioridad, se disponía a subir de seis en seis los doscientos escalones que conducen al paraíso.

A las ocho, esta marea creciente había ya inundado aquel sotabanco del Templo de la Música; y rugía, silbaba, reñía, gritaba ¡sentarse!, reía, golpeaba en la madera y palmoteaba a compás, como en la plaza de toros, mientras que la orquesta templaba y concertaba los instrumentos...

Entretanto, en palcos y butacas salían de entre los pliegues de sus capuchones mil elegantísimas damas, como otras tantas flores que abrían su cáliz al primer gorjeo de los pájaros (alusión a los violines), para tomar el sol (alusión al gas) revelador de su hermosura.

Y todo fue durante aquel cuarto de hora reconocimientos, sorpresas, saludos, apretones de mano y miradas de azúcar derretido...

El uno venía de Alemania, la otra de Suiza, fulana de París, mengano de los Pirineos...

En esto comenzó el preludio de la Traviata.

.....
.....
.....

1858.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

